



862  
v. R.

## PERSONAJES

CARMIÑA CASTRO RETÉN	ADOLFO PULLEIRO, <i>Pan-</i>
MONCHA LOZANO	<i>duríño</i>
LA GALANA	AUGUSTO ARMERO
LA VENTERA	DON SERVANDO
UNA VIEJA	LORENZO CARBALLO
LA OFRECIDA	NIETIÑO
DOÑA SEGUNDA	ALEJANDRO MADEIRA
MANUELA	MANOLO
LA HIJA	SAMOEIRO
SEÑORA 1. <sup>a</sup>	PITOUTO
SEÑORA 2. <sup>a</sup>	EL VENTERO
LA VENDEDORA DE OSTRAS	EUDVIGIO
MUJER 1. <sup>a</sup>	EL MUIÑEIRO
MUJER 2. <sup>a</sup>	MOZO 1. <sup>o</sup>
GERARDO ROQUER	MOZO 2. <sup>o</sup>
CASIMIRO BARCALA	MOZO 3. <sup>o</sup>
DON LAUREANO CASTRO	UN LABRIEGO

La acción, en Santiago de Compostela.—Epoca actual.—Derecha e izquierda, las del actor.

*Advertencia importante.*—Se suplica a los señores artistas que no den acento ninguno, hablando natural, pues ya resultará mi intento de la construcción de las frases y de las palabras mismas.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

## CAPITULO PRIMERO

La carretera y el pretil del puente Pedriña. Al caer la tarde, en Octubre.

### ESCENA PRIMERA

A telón corrido

LA VOZ DEL MAYORAL.—¡Al cochel ¡Al cochel!  
(Se oyen voces y ruidos).

VOZ DEL DELANTERO.—¿Vamos, señor Pedro?

VOZ DEL MAYORAL.—¡Arrea!

VOZ DEL MAYORAL, LA DEL DELANTERO Y LA DEL ZAGAL.—¡Ya, ya! ¡Generosa! ¡Generosa!  
¡Coronelal ¡Ya, ya!

(Voces, ruidos, restallar de fustas y el son de hierros y cascabeles, típicos del arranque de una diligencia. Cuando todavía se oye el fragoroso estruendo, alejándose hacia la derecha, se levanta el telón y aparecen cuatro o cinco chi-

*quillos corriendo a paso gimnástico y gritando).*

UNO.—Écheme una cadelina, señoritiño...

OTRO.—Vote, señoritiño, vote...

OTRO.—Échela y le canto una copla...

OTROS.—Échela, échela, échela...

*(Y así desaparecen por derecha, siguiendo a lo lejos hasta perderse el rumor).*

## ESCENA II

La VENTERA. Después el VENTERO. Por izquierda.

VENTERA.—*(Corriendo desajorada.)*—¡Mi pan! ¡Mis chorizos! ¡Ladrones! ¡Robáronme el pan y los chorizos! *(Parándose y volviéndose hacia izquierda.)* ¡Ay, Manoell... ¡Manoell! ¡Manoeeell!

VENTERO.—*(Cuchazudo.)*—¿Qué é?

VENTERA.—¡Andá ligero, que esos pillos de estudiantes nos robaron el pan y los chorizos!

VENTERO.—¿Y dónde voy correr?

VENTERA.—¡A la Carrilana, hom!

VENTERO.—*Ensejida* la pillo...

VENTERA.—*(Convencida de la inútil persecución, se decide por insultarlos.)*—¡Estudiantes de fame!

VENTERO.—¡Hambrones!

VENTERA.—¡Rillotes!

VENTERO.—¡Mala centella vos coma!

VENTERA.—*(Trágica y sacudiendo al ventero.)*—¿Ti ves, calzonazos, ti ves? Si estuvieras en la obligación no pasaria esto. ¡Maldito sea el tute y quien lo trujo!

VENTERO.—Cala, muller, cala, qu'os berridos son malos para a *jarjanta*...

VENTERA.—¡Y más para un rayo que te parta!

VENTERO.—Vamos a contar. ¿Qué levaron?

VENTERA.—Dos molletes grandes de pan... ¡Así se ahoguen con ellos! y más catorce chorizos.

VENTERO.—*(Espantado.)*—¿De los buenos?

VENTERA.—¡Eres mismo un pasmón, Manoell! ¿Y luego entonces? Iba yo a poner los buenos a tiro de nadie? Eran de los arrecidos, de los del puerco que murió. ¡Así revienten ellos del mismo mall!

VENTERO.—Así. ¿Y comprar no compraron?

VENTERA.—Compraron, hombre. Diéronme cuarenta y siete reales y dos perros de doce chiquitas del Rivero, tres *jaseosas* y dos cervezas.

VENTERO.—Pues de aquella déjalos ir, que inda se *janan* nueve reales.

VENTERA.—Y más también once..., pero si no llevaran el pan y los chorizos se *janaban* más todavía.

VENTERO.—(*Marchándose*).—Boh, boh, boh...

VENTERA.—(*Tras de él*).—¡Todo por no estar en la obligación y por el tute maldito, que Dios confundal

VENTERO.—Boh, boh, boh...

(*Mutis los dos por derecha*).

### ESCENA III

Por izquierda viene GERARDO paseando lentamente. Se sienta en el pretil leyendo distraído un libro al que corta las hojas con un cortaplumas. UN LABRIEGO. Después DOS MUJERES y después una VENDEDORA de ostras pregonando lastimeramente: *Queeeen... queeeer... ostraas...* Luego, por derecha, BARCALA.

BAR.—Ya me dije yo que había de encontrar contigo por aquí. ¡Hacia el puente Pedriña está, que es el paseo de los tristes! De los *maloncólicos*, como dicen los paisanos.

GER.—Aquí estoy, si...

BAR.—Mal recibes...

GER.—Se equivoca usted, Barcala.

BAR.—Habíamos quedado en tutearnos...

GER.—Dispensa...

BAR.—Pues que no se olvide... ¡y así es como

debemos hablarnos, hombre, que al fin y al cabo los estudiantes somos todos una misma morralla, aunque algunos vengan tan elegantones como Perico Seoane, que pone el mingo en la Rúa del Villar... o como Manolo Casás, que tiene un chaquet ribeteado de trencilla, mismo la última palabra de un figurin, que no hay mujer que lo resista... ¡ni hombre tampoco! ¡Pero bueno es el Manolo, buenol Creíamos que no tenía más que chaquet y resultó que tenía el demonio en el cuerpo, y es un punto de primera, como Barreiro o como Madeira.

GER.—Y todos éstos... ¿quiénes son? ¿estudiantes?

BAR.—¿Y qué han de ser aquí? Estudiantes... o curas. Y las personas mayores, catedráticos... o curas. Y si son forasteros, militares... o curas castrenses. Este carro no anda más que con esas ruedas.

GER.—Ya lo he visto en los ocho días que llevo en Santiago.

BAR.—Lo que a todos nos parece muy mal es tu apartamento. ¡Tienes que ser de los nuestros, Gerardo, y hacer amistades con toda la parrandal Con Madeira, que ya está en el quinto año... del primer curso, y no ha logrado todavía que lo

aprobaran en ninguna asignatura... ¡pero que te frie unas costilletas que se chupa uno los dedos!!

GER.—Algo es...

BAR.—Con Alejandro Barreiro, muy buen chico, pero con el que no se puede contar más que hasta el quince o el veinte de Mayo.

GER.—¿Después no?

BAR.—Después no, porque se pone a estudiar de firme.

GER.—¿Diez días por junto? No morirá del atracón de ciencia...

BAR.—Creemos que no. Con Augusto Armero, que es la gloria de la tuna y el año pasado se llevó dos premios.

GER.—Un buen estudiante ¿eh?

BAR.—¿Augusto? ¡Quiá, hombre!

GER.—¿Y entonces los premios?

BAR.—En unas regatas, en Vigo. ¡Ya verás qué gentel. Todos rapaces de buenas familias, no te vayas a creer, pero unos paveros, siempre dispuestos a divertirse y a jugársela al Sol. ¡Ya verás! ¡Te hay cada volante! Y aún queda por nombrar el más curioso, Adolfo Pulleiro, alias Panduriño, ¡un hombre ya! que en invierno es el mejor estudiante de Santiago—de Medicina ¿sa-

bes?—y en verano es director de una murga y va tocando el cornetín por las ferias.

GER.—Pero eso es ridículo.

BAR.—No. Eso es trágico. La murga en el verano es la posada, las matrículas y la carrera de médico en el invierno. Y todavía es una cosa más grande: es devolverle a la pobre vieja—que no come más que caldo de berzas y pan de borona para que al hijo no le falte lo absolutamente preciso—es devolverle un poco del bienestar de que ella se priva con la ilusión de que él llegue algún día a ser algo.

GER.—Tienes razón. Eso es trágico. El ridículo lo hice yo adelantándome a juzgar lo que no conocía.

BAR.—Estudia como un bárbaro y no hay memoria de que faltara a una sola clase en ningún curso. Antes nos reíamos de él porque es muy apocado... pero una mañana, en tiempo de exámenes, me lo encontré llorando en la Alameda. «¿Qué te pasa, Panduriño?» «Que me dieron notable...!» Yo, que llevaba en el cuerpo dos suspensos y tenía noticia fidedigna de que me largarían otros dos... me quedé como quien vé visiones. «¡Un notable! ¡Pues si eso es para subir a gatas por la torre de la catedral, de alegría y

de gozol» «No, no; que tengo el sobresaliente en todas las asignaturas y ese notable me va a perjudicar para la hoja de estudios: que si no obtengo el grado a mérito no podré sacar el título, que cuesta tres mil reales...»

GER.—La tragedia otra vez...

BAR.—Me conmoví, no hice ni siquiera una alabanza—y eso que yo las hago en el aire...—les conté el caso a todos, se conmovieron también, y desde aquel día quedó proclamado amigo honorario de nuestra tuna, y al empezar el otro curso nos lo trajimos a la posada nuestra, poco menos que a puñetazos, y entre todos le pagamos el hospedaje. Mejor dicho, entre todos le debemos su hospedaje a la patrona.

GER.—Muy honrado sería yo también amigo de Panduriño... y de todos, pero no traigo ánimo de bulla. Vine a Santiago por la imposición de mi padre, a seguir una carrera, que no necesito gracias a Dios, y que no pienso estudiar.

BAR.—Gracias a Dios también.

GER.—Y estoy decidido a...

BAR.—¡Basta, basta! Con lo de ser estudiante y no querer estudiar ya eres de los nuestros.

GER.—No. He venido sin conocer a nadie y lo mismo me marcharé.

BAR.—Ni soñarlo. O riñes y te peleas con los compañeros de posada...

GER.—Yo vivo en el hotel.

BAR.—Eso crearás tú.

GER.—¡Si lo sabré yo!

BAR.—¡Pues no lo sabes, Gerardiño! Cierto que hasta hoy habitabas en un hotel, pero la dignidad de la clase estudiantil se rebela contra ese indecoroso alojamiento.

GER.—¡Indecoroso!...

BAR.—¡Sí! La tradición... y el poco dinero, exigen que se viva en una posada, lo que en Madrid llamáis casa de huéspedes.

GER.—Bueno... pues la buscaré.

BAR.—Ne te molestes. Ya te la he buscado yo.

GER.—Muchas gracias. Bueno... pues la veré para trasladarme si me conviene.

BAR.—No te molestes. Ya dispuse yo que llevaran tu equipaje.

GER.—(Incomodado.)—¿Pero se puede saber quién le autoriza a usted para meterse de ese modo en mis asuntos?

BAR.—Habíamos quedado en tutearnos, Gerardiño...

GER.—(Riendo a pesar suyo.)—Bien... ¿Quién te mandó hacer eso?

BAR.—La simpatía... y el no querer que un compañero se encuentre como un hongo. Pero si a ti te parece mal lo hecho, tú lo deshaces... y además me pegas dos piñas.

GER.—(Abrazándolo.)—¡No, hombre, no!

BAR.—Los primeros tiempos en una ciudad desconocida hay que andar todo cuesta arriba y todo nos agobia...

GER.—Es verdad. Te agradezco la intención y el favor grandísimo que me haces, lo acepto, y desde hoy puedes contar tú con Gerardo Roquer, con la amistad, con el cariño y con el dinero de Gerardo Roquer.

BAR.—¿Cómo? ¿Tienes dinero?

GER.—Un poco...

BAR.—¿A veinte de mes?

GER.—Sí...

BAR.—¡Pues eso no te volverá a suceder! Cuenta con nosotros...

GER.—Muy a gusto. ¿Y a dónde me llevas a vivir?

BAR.—A lo más excelso. Al grelo de las posadas y a la flor de las patronas. A la casa de la Troya.

GER.—¿Qué es eso?

BAR.—El nombre de la calle donde está. Pero

aquí abreviamos y no se dice la calle de la Troya, la calle de la Azabachería, la calle del Preguntoiro, la plaza de las Animas... sino que decimos simplemente la Troya, la Azabachería, el Preguntoiro, las Animas... Y así el Pórtico de la Gloria, de nuestra santa y magna Catedral, es la Gloria nada más para el hablar corriente... y cuando un novio se despide de la novia, quedando en verse al otro día a la salida de misa, se dicen: «¿Mañana en la Gloria, eh, riquiña...?» «Sí, riquiño; mañana en la Gloria...»

GER.—Y a veces puede que lo estén realmente...

BAR.—Siempre...

Porque en todo momento son capaces de irse para esa gloria los rapaces...

GER.—(Incomodado).—¡Ya viene ahí el vejstorio ese con la cursi de la niña!

BAR.—¿Quiénes, tú?

GER.—Esos tipos, que les da por pasear aquí y estropean la delicia de esta soledad y de este divino paisaje.

BAR.—¡Pero tú no tienes ojos, ladrón! ¡Pues nada menos que le es Carmiña Castro Retén, la flor más florida de Santiago, el encantiño del Preguntoiro!

GER.—¡Calla!

BAR.—¡Pero mírala bien, hombre!

GER.—Una cursi...

BAR.—¿Una cursi? Estáte por ahí, que ya te llamaré...

GER.—Y una antipática...

BAR.—*(Llevándose las manos a la cabeza.)*

¡Jesús, Jesús!

GER.—Calla...

#### ESCENA IV

DICHOS. CARMIÑA y DON LAUREANO, que atraviesan de derecha a izquierda.

BAR.—Felices tardes, señor de Castro.

LAU.—Muy buenas, muy buenas...

BAR.—Y a usted también, Carmiña...

CAR.—Buenas, Casimiro...

*(Mutis por la izquierda Carmiña y don Laureano.)*

#### ESCENA V

GERARDO y BARCALA

BAR.—El viejo es el padre, que fué coronel carlista. Gente de posición ¿sabes? y de lo más encopetado, con la casa solariega, el Pazo, aquí

en el Faramello, a unas dos leguas... ¡y que es guapa no me lo niegues!

GER.—Si te lo parece...

BAR.—Y formal como la misma formalidad.

GER.—Eso le pasa a todas las sosas.

BAR.—¿No eres enamorado?

GER.—De la que lo vale. Pero de eso no.

BAR.—Despreciador amaneciste! Claro que esto no es la elegancia de un Madrid...

GER.—¿Tú has estado allá?

BAR.—No. Pero estuve en Orense y en Ponferrada... y ya puedo juzgar de poblaciones.

GER.—Algo...

BAR.—No te pongas serio para reírte por dentro, que la frase no es mía. Es de nuestro propopéyico amigo don Ventura Lozano, exjuez de Ordenes—y a las de usted...—según su muletilla. Ya le conocerás. Es un paverero... trágico... ¡de plomo!

GER.—No pienso conocerle.

#### ESCENA VI

DICHOS. CARBALLO por izquierda

BAR.—Eh... tú... ¡Carballo! ¡Buenas tardes, hombre!



CARB.—(*Borracho perdido, somnoliento y sin darse cuenta*).—Buenas tardes.

BAR.—Soy Casimiro Barcala, tú... ¿no sabes?

CARB.—Sí, sí... Buenas tardes, Barcala.

(*Y sigue su camino*).

BAR.—Enfilado a la taberna de las Crechas... y luego por los caminos y por las cunetas, convertido en un guñapo miserable. ¡Carballo!

CARB.—¿Quién me nombra?

BAR.—No vayas a casa de las Crechas. Mira que están allí el Muñeiro y esos otros bárbaros.

CARB.—(*Encogiéndose de hombros, indiferente*).—Que estén...

BAR.—Ya más de una vez lo arrastraron y lo molieron a golpes... Verás, verás... ¡Carballo!

CARB.—¡Acaba de llamar!

BAR.—¿Tuviste carta hoy?

CARB.—(*Retrocediendo unos pasos*).—Tú... tú... Aún discurro un poco... aún veo algo claro... no hables de eso... ¡no hables de eso si no quieres que te ahogue!

BAR.—Perdona. Era preguntar nada más.

CARB.—Bueno, entonces. Después, cuando el aguardiente bendito me quite por completo la razón y la fuerza... ¡y el almá, dime lo que te parezca y búrlate cuanto quieras, como el Muñeiro y como todos... ¿Después, eh, Barcala?

Ahora no hables de eso... (*Márchándose*) no hables de eso... no hables de eso...

(*Mutis por derecha*).

## ESCENA VII

GERARDO y BARCALA

GER.—¿Qué le pasa?

BAR.—Este Lorenzo Carballo, un estudiante de los antiguos, es de familia muy distinguida, pero sin grandes recursos, y él se llevó la juventud soñando en vivir espléndidamente. Un día le debió oír el diablo e hizo que heredaran de un pariente olvidado casi un millón de pesetas. Cogió su parte y se fué por el mundo a divertirse, a gozar... ¡¡a vivir!! En sus andanzas de príncipe se enamoró de una tiple, de una tal Boldini.

GER.—¡La Emma Boldini! ¿Una que cantaba *Manón*?

BAR.—Sí. *Manón* era su opera predilecta y la de sus grandes triunfos.

GER.—Se la oí en Madrid. No estaba mal de voz... ¡y guapa!

BAR.—Se enamoró ciegamente de ella... y ciegamente se gastó los cuartos, hasta que una mañana, arruinado, dió media vuelta y desapareció.

GER.—¿Y ella?

BAR.—Debía quererle mucho también, porque le escribió, le mandó recados y hasta dicen que fué en persona a buscarle, proponiéndole seguir como antes... y a costa de ella, naturalmente.

GER.—¿Y Carballo no quiso?

BAR.—No quiso. Cuando le preguntan en qué tiró la fortuna, responde que en vivir como un caballero. Y cuando le preguntan por qué no se avino a continuar con la Boldini, responde que también por eso, porque no sabe vivir sino como un caballero.

GER.—Y realmente lo es.

BAR.—Ahora lo mantienen los hermanos, y él se porta muy correctamente... pero cuando recibe carta de ella—que aún le escribe alguna vez... —se queda tétrico unos días y empieza a beber, a beber, hasta que cae embrutecido. Sabiendo quién es... ¡si vieras qué efecto hace el verlo como un fardo... o que los chiquillos le persiguen a pedradas... o que los municipales se lo llevan a rastras como a una mala bestial... Y no se incomoda ni se enfada... no... ¡Va como muerto! Sólo de vez en cuando, pasa una ráfaga de claridad y de recuerdos por su alma... ¡y entonces se pone a cantar fragmentos de *Manón!*... ¡Da pena oírle!

GER.—Quizás tenga él razón bebiendo así...

BAR.—¡No disparates! ¿Vas tú a seguir el ejemplo? Ya sabemos por qué estás en Santiago, ya... porque tu padre te hizo salir a escape de Madrid, en donde andabas a mal andar con la Mañitas.

GER.—No tengo por qué negarlo.

BAR.—Una cupletista de muchas carnes, de mucha historia, de pocos escrúpulos y de poca ropa...

GER.—¡Pero una mujer de una vez, y no estas señoritingas de alfeñique!

BAR.—¡La sigues queriendo!

GER.—Ni la quiero, ni la quise, ni merece ella que la quieran... ¡pero el recordarla me vuelve loco! ¡Es una mujer, Augusto, una mujer!

BAR.—De primera.

GER.—¿La conoces?

BAR.—¿Y quién no? Mira, *Nuevo Mundo*, de anoche.

GER.—(Ansioso.)—¿Trae su retrato?

BAR.—No es el mundo entero, ¿sabes? Es un cacho del mundo nada más. Lo ví en el casino y corté la hoja...

GER.—¡Dámela!

BAR.—Veo que no eres enamorado sino de lo que sale...

GER.—(*Imperioso.*)—¡Dámela!

BAR.—La bella Charito (a) Mañitas, que actúa con gran éxito en el teatro Romea.

GER.—(*Con ansia y desconsuelo.*)—¡Charito!

BAR.—Para llamarla oficialmente Mañitas... ¡qué mañitas no serán las tuyas!...

GER.—(*Besando el retrato.*)—¡Charito... Charito!

BAR.—Si hubiera sospechado que te emocionaba tanto, no lo traigo... y el Casino tendría completo su periódico.

GER.—¡Me vuelve loco!

BAR.—Ya lo veo, ya.

GER.—¡Y pensar que esta imagen candorosa y plácida es la de un alma corrompida y villana y traidora! ¡Fuera de mí, fuera!

(*Con el cortaplumas rasga el papel airadamente.*)

BAR.—El asesinato de la Mañitas... ¡Ya le cayó qué hacer al juez!...

GER.—(*Recogiendo los trozos y tirándolos.*)—¡Se acabó estol! ¡Se acabó!

BAR.—«...y el Juzgado recogió los trozos dispersos de la víctima, que demuestran el feroz ensañamiento del criminal...»—(*Abrazándolo.*) Anda, ven conmigo ya; ven, que ahora no tienes el ánimo para soledades.

GER.—¿A la ciudad? ¡No! Lo más tarde que pueda.

BAR.—Que te le es peor, Gerardiño.

GER.—¡No! Aún tengo metida en el alma la impresión de aquella primer noche. ¡Aquella noche horrenda, de lluvia torrencial, de soledad, sin luz en las calles!...

BAR.—Que habría luna.

GER.—No...

BAR.—La habría en el calendario, y eso basta para que no enciendan los faroles.

GER.—¡Y lo que no era silencio era tristeza! La voz monótona del sereno... «¡Ave María Purísima! ¡Las diez y media... y lloviendol!» Más tarde... «¡Ave María Purísima! ¡Las doce... y lloviendol...» ¡Y así toda la noche! Y para completarla, para añadirle horror a lo horrendo, el sonido de una campanilla tintineando lúgubremente, y la voz de un hombre, envuelto en una hopalanda gris, que gritaba con pavoroso acento: «¡Hermanos, recen un padrenuestro por el alma de don Alonso de Fonseca, bienhechor de la ciudad!...» ¡Te lo juro! Aquella noche soñé que me moría de tristeza, que me llevaban a enterrar entre doscientos serenos, chocleando sus zuecos sobre las piedras húmedas y entonándome por

Miserere su monótono canturreo: «¡Ave María Purísima! Las cuatro... y lloviendo...», y así por toda la ciudad, hasta que al fin me dejaron solo, transido de frío y de agua, en el cementerio, y en un nicho al lado de don Alonso de Fonseca...

BAR.—Una impresión que se borrará. Anda, ven...

GER.—No. Te lo suplico...

BAR.—A las seis te aguardo en el Preguntoiro. ¿Quedamos? ¿Palabra?

GER.—Sí, palabra. Pero déjame ya, que necesito estar solo...

BAR.—Lo que tú necesitas como el pan es una novia.

GER.—¿Yo? ¿Una gallega yo? ¡No disparates!

BAR.—Tú, hombre, tú. No hay como una mujer para matar realmente la memoria y el mal que nos hizo otra mujer. Y en cuanto que *me le tengas un choyo* con una rapaza, ya verás qué paso llevan las murrias por la carretera adelante...

GER.—¿Un choyo?

BAR.—Un arreglito. *Le es término local.*

GER.—Bien. Pues encargaremos esa mujer al extranjero.

BAR.—(Indignado.)—¡No hace falta! Aquí,

por las ciudades, hay mucha rosa de Octubre y mucho capullo tempranero.

GER.—Habrá...

BAR.—Y si te apetece la flor silvestre de las montañas, también abundan entre las mujeres las que se colorean como amapolas y saben a tomillo y a hierbabuena.

GER.—Sabrán... pero a mi no me placen las gallegas.

BAR.—¡Calla, condenadol! ¡Que no te oiga Dios la blasfemia!

GER.—Bien libre estoy.

BAR.—¿Libre? Entonces es que aún no aprendiste el refrán. ¡Pues apréndelo, apréndelol! «En Galicia, el hombre apasionado, si entra soltero, sale casado.»

GER.—¿Casado yo aquí?

BAR.—¡Mira que no escapa ni una rata!

GER.—Yo soy madrileño: gato.

BAR.—¡Eres gato, ehl! Pues oye, michiño... Todavía te he de ver por la luna de Enero dando maullidos a la puerta de alguna rapaza.

GER.—Otras mujeres, y no las gallegas, me seducen a mí.

BAR.—No les quito el mérito a las otras, que en todas partes las hay guapas y buenas; pero es-